

Competición y ceremonia

Rodeado como estoy en mi vida normal, el es que se la puede llamar así, y también en mi vida privada, de educadoras y profesores —mujer, cuñadas y cuñados, primas, amigas y amigos, todos maestros de lo que sea, y menos mal que mis hermanos, en esto y en otras muchas cosas, no han acabado de hundirme y no dan ni toleran lecciones de nadie—, acusado, y bien vestido por la pedagogía, la educación física en las escuelas es un tema que escucho a cada rato, pues mueve a la polémica y me remueve a mí.

Tú eres de otra época, me dicen, tú crees en la competitividad, y eso es malo, es un concepto burgués de la vida trasladado el deporte escolar. El niño, me aseguran, debe ser físicamente educado y enseñado a practicar deportes no competitivos. ¿Qué cuáles son esos deportes? Pues la gimnasia, el atletismo, la natación..., todos, según y cómo se enseñen. Entérate, sabiendo.

Y me enteré. Al parecer, se tiene de hora a partir de la idea de un niño roussoniano, bueno y no competitivo ni para mamar, aunque tenga dos hermanos gemelos, un niño más puro que un capullo puro, y al que la mejor educación familiar, escolar, y, por supuesto, social, puerlan pronto en cuerpo y alma y al menor descuido. En estos últimos tres siglos se ha manejado mucho a ese niño prototípico, blanco y rubito él como un ángel, pues los chinitos, inditos, negritos y moritos, amén de los gitanos y otras hierbas malas, o no ofrecían interés o no se dejaban manejar así como así, los muy desagradecidos. Han surgido teorías y antiteorías: mucha gimnasia, duchas frías y poca bruma, decían unos. Más movimiento de caderas y más juego, clamaban otros. Deporte, sí; competitividad, no, se oía. Educación escolar para el «niño nuevo» considerado como una unidad de destino físico e intelectual en lo pedagógico, escriben ahora los eclécticos. Los eclécticos, como ustedes saben, son los de la síntesis, del todo de aquí y de allá y me apago: o sea, son los que a lo largo de la historia de las historias pasan por tener siempre razón, y se llevan siempre el niño, el gato y el ratón al agua. Son los que privan, vaya.

Yo, que ni soy pedagogo, ni ecléctico, ni catastrofista histórico, ni funcionario, ni nada de nada, pero que a veces pienso y aprendí a equivocarme por mi cuenta, solito y malévolo, creo que al a eso que dicen educación física es la despoja de su carácter lúdico o de juego, y al al deporte escolar se le suprime el factor competitivo, la tal educación y el tal deporte quedarán reducidos a ciertos ejercicios respiratorios, a paseos por los parques urbanos o por el zoo, a danzas tipo coro de la patata, a excursiones al campo, al le hubiere, y paren de contar. Con tal planteamiento o plan habría movimiento, quién lo duda, pero más aburrido que morirse; el movimiento verdadero y competitivo lo pondrán los niños levantándose al saltar las tapas para desertar de tan bello programa, y huir hacia los futbolines o hacia los descampados para tocarse y retozar, anteojos del temido po-

rro fatal y de la moto o el coche robados a punta de neveja.

Porque ¿conocen ustedes las Escuelas de los barrios periféricos de nuestras grandes capitales o las de las poblaciones Industriales de Inmigrantes, que nos rodean como un cinturón o una soga para ahogados? ¿Saben la cantidad de niños y niñas que caben en un metro cúbico de esos aulas o en un metro cuadrado de esos rincones polvorientos llamados patios de recreo? Si han visitado los colegios de la parte alta de Barcelona, en la Bonanova o Sarría, y los del noreste de Madrid, en Argüelles o Somoseguas, por poner unos ejemplos ejemplares, podrán responder a esas preguntas con sólo multiplicar el número de niñas y niños de buen pelaje por cuatro, en metros cúbicos, y por diez en metros cuadrados de patio de recreo. ¿Me siguen?

Vuelvo a la competitividad. Entre esos muchachos hacinados en bancos de granja avícola y en rincones al sol que más calienta y más barato es, la competitividad no hay que insuflársela puesto que está presente en ellos, ya que están vivos, en competencia, ellos y sus padres, en un deporte llamado la vida desde que nacieron. Tampoco en juegos debe enseñárseles mucho: juegan y jugarán en deporte y en la vida aunque casi todos acaban perdiendo siempre. Y si de Juegos Infantiles se trata, les diré que son geniales inventándoselos, pues, transforman así su vida cotidiana, esa que les rodea también y sobre todo cuando vuelven andando a sus casas, cuando cenan en medio de una bronca familiar y ante el televisor, y cuando luego y antes de dormir, aun siguiendo televisor y bronca, preparan los deberes para el día siguiente.

El juego es para los niños y niñas, su espacio y su tiempo mágico: se inventan reglas cuando no las conocen o no las tienen. El Juego ordena y magnifica una parcela alegra de su visión caótica del mundo. En cuanto a la competitividad es en ellos tan natural y espontánea como la de los cervos en libertad y en celo: necesitan medirse con otros y demostrar que son capaces de vencer, sobre todo si el competir se crea o es considerado más fuerte o ágil.

Yo conocía, por viajes anteriores, los progresos de la URSS en materia de educación física y deportiva. Pero después de haber leído estos días los nuevos planes de fomento del deporte en escuelas, Institutos y Universidades, y de ver las flamantes instalaciones que existen en cada barrio de Moscú y en cada escuela, me ha puesto tristón pensando en los españoles. Y eso que a mí lo del patriotsimo derrotista no me va, y el triunfalista, menos: está cantado que catalanitos, andalucitos o galleguitos, van a tardar en tener cosas así. Y si encima algún ecléctico pedagógico les quita el carácter lúdico de sus pobres juegos y les exige que metan goles sin competir contra su propio cansancio y contra los del barrio vecino, que siempre son, como se sabe, de pasta flora, nuestros chicos van a ser capaces, en poco tiempo, de armar y perder otra guerra civil, esa el lúdica y competitiva como todas las que hemos sufrido.

Tecleo esto luego de haber presenciado la apertura de los XXII Juegos Olímpicos de la Era Moderna en el Estadio Lénin. Todavía me bullen

el colorido de las delegaciones en el desfile la española ha estado gris, lo digo por lo del uniforme; pero mejor gris hoy y en sucesivos días algo más alegre y orgullosa. Me ha sorprendido la boina roja de los cubanos coronando sus trajes blancos. Como requetés vascos, digo en la enseña olímpica de nuestra representación, y debajo de los cinco hermos o anillos enlazados, lucía una diminuta bandera nacional. Ha habido aplausos para todos, el presidente Breznev ha declarado abiertos los Juegos, se han soltado miles de palomas y de globos, han aparecido varios centenares de niños Misha, niños osito olímpico y cuadrillas con semidioses como estatuas, bailes de cada una de las quince repúblicas de la Unión Soviética, exhibiciones gimnásticas increíbles, y etcétera. Ya lo leerán ustedes en otras secciones. También los dos astronautas en órbita nos han mandado un saludo desde el espacio, saludo que yo agradezco de un modo particular, pues ha resultado ser enviado especial de «La Vanguardia» y no especial, por maravillosa intuición de Rosa María o de quien sea, que agradezco de todo corazón desde aquí.

Pero aguarden a mañana: se acaba ya la broma y comienza la competición, aquí mismo, debajo de la llama reclán encendida. Mañana se empieza a competir, duramente, lo mismo que en la vida. Todavía no somos nuevos ni perfectos, gracias a los dioses.

José Agustín GOYTISOLO

(Moscú, julio 1980)

LA VANGUARDIA ● DOMINGO, 20 JULIO 1980